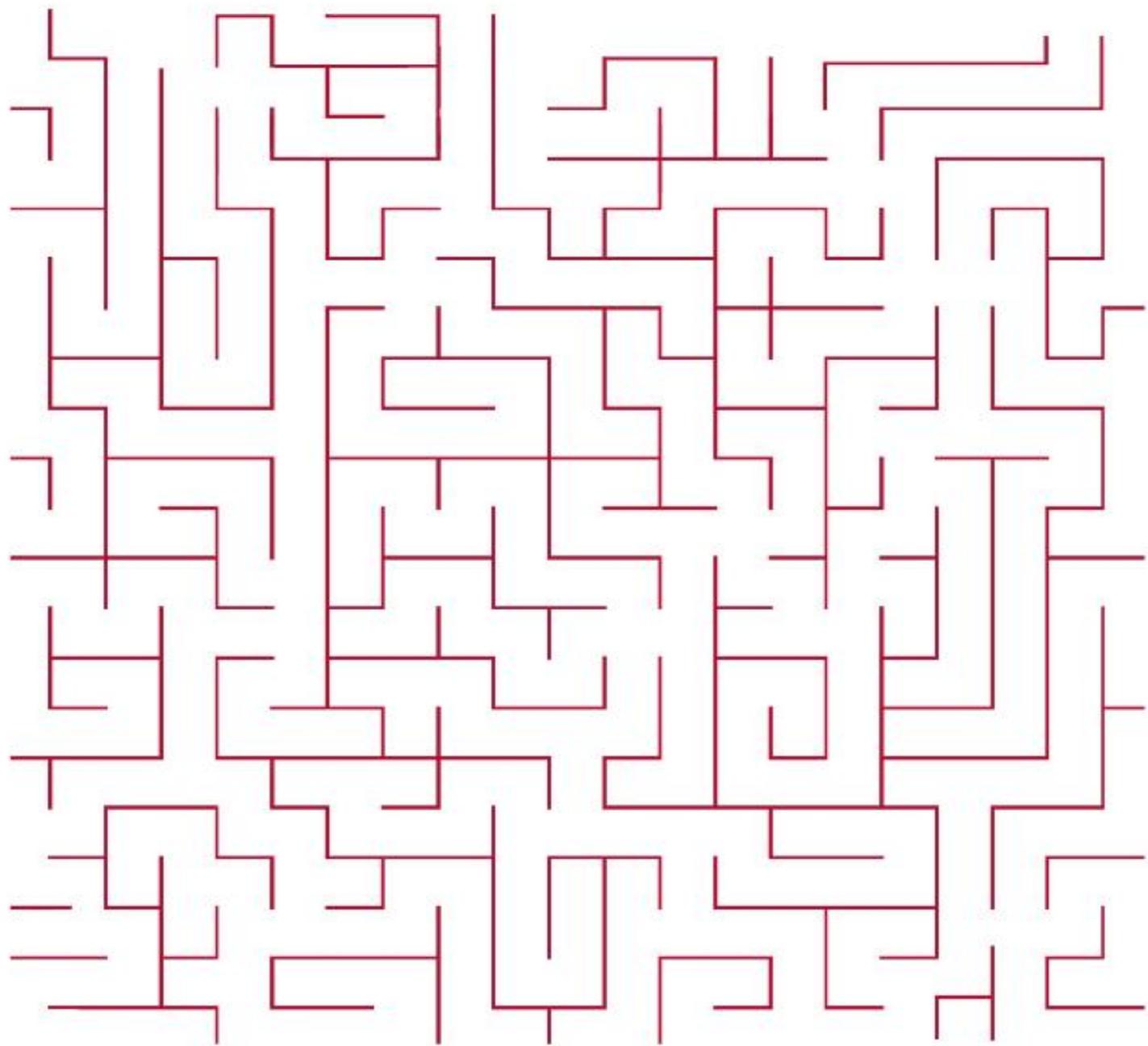


VIAJE A LA MEMORIA

UN RECUENTO PERSONAL



OTTO GRANADOS ROLDÁN



AGUASCALIENTES
GOBIERNO DEL ESTADO



Viaje a la memoria

Un recuento personal

Otto Granados Roldán



Viaje a la memoria
Un recuento personal

Otto Granados
Roldán



AGUASCALIENTES
GOBIERNO DEL ESTADO



ediciones
cal y arena

A Nicole, mi esposa, que aguantó (con paciencia bíblica) mis malos humores, neurosis y manías mientras escribía este libro.

A la tribu familiar que dota de sentido y esperanza a lo que a veces parece no tenerlo: Otto, Gely, Paty y Otto; Emilio, Ruth y Santiago; Fer y María Fernanda; Alex, Jan y Constantin.

A mis hermanos Irene y Mario y a una larga romería de amigos, colegas y familiares que no terminaría de nombrar; que también por décadas me han ayudado y hecho sentir siempre muy bien acompañado.

Gracias, de corazón.

Prólogo

Como tantas otras cosas, le atribuyen a Pablo Picasso haber recomendado nunca hablar mal de uno mismo, que para eso están los demás. De ser cierto, el lector puede abandonar aquí este libro porque, siguiendo ese consejo, no es en absoluto un ejercicio de masoquismo o psicoanálisis, ni nada parecido. Y mucho menos ahora que el oficio de la política no atraviesa por su mejor momento —quizá nunca lo ha hecho— y que la reputación de quienes se dedican a ella, en todas partes, está en el nivel más lamentable del aprecio público. Por el contrario, quien suponga que es una suerte de hagiografía en la que todo lo que se cuenta es idílico y compone un lienzo de bondad, belleza y perfección, también puede parar aquí. Ni una cosa, ni la otra. Es, o intenta ser, un recuento personal de las casi cuatro décadas (1980-2018) que pasé en la política, y de los acontecimientos, circunstancias y episodios que me tocó ver, vivir y hacer en distintas épocas y responsabilidades.

En sentido estricto, no es un conjunto de notas autobiográficas, si bien las hay desde luego, ni un informe plagado de gráficos, cifras o eso que ahora se da en llamar —con cierta dosis de exquisitez académica—, evidencia, aun cuando se aprovechen para facilitar la explicación de una política o una decisión. Tampoco es un rosario de anécdotas, aunque se incluyen varias que agilizan la lectura y con suerte la hacen más amena. Es más bien, por decirlo así, un libro que utiliza varios géneros —la microhistoria, el análisis político, la observación psicológica, la crónica de los hechos, varias confidencias, algunos ajustes de cuentas, y, por supuesto, el relato— para compartir un repaso, confío en que razonablemente justo, ordenado y preciso, de mis diversas experiencias en el servicio público: desde los años que pasé trabajando para don Jesús Reyes Heróles y el presidente Carlos Salinas de Gortari o como gobernador de Aguascalientes, y, en menor medida, como embajador en Chile y secretario de Educación Pública, hasta las lecciones aprendidas en ese itinerario que puedan constituir una aportación pedagógica para aquellos que busquen —si alguno queda— dedicarse a la gestión pública o, con más amplitud, a la política.

Se trata también de un acercamiento a la forma en que, desde mi perspectiva, sucedieron ciertos acontecimientos relevantes a diversa escala. Entre otras cosas, la cruda competencia por la nominación de Salinas a la presidencia y mi visión de su sexenio; el papel de la comunicación en un gobierno y la difícil relación con los medios; la

candidatura de Luis Donaldo Colosio, su asesinato y reemplazo; la ruptura de Ernesto Zedillo con su antecesor tras el “error de diciembre”; las condiciones en que transcurrió mi gobierno en Aguascalientes, dentro de ese contexto nacional tan accidentado y el desenlace de la derrota electoral, y la manera en que se camina por los laberintos de la política a nivel regional. Con un añadido que es la suma de todo lo anterior: la compleja sensación de dejar el poder y la política, saltar al vacío, sobrevivir y reinventarse.

Por otra parte, pretende ser un mirador de la condición humana, o, con más propiedad, de la extraña actitud con que las personas —sean del común, de posibles o de orden, como se decía antes— se conducen frente a los que tienen o parecen tener poder e influencia. Y es, finalmente, una invitación, en especial orientada a las nuevas generaciones, a dedicarse al servicio público y a la política, una actividad única y fascinante donde se vive en la cuerda floja, sin red de protección y con la adrenalina a tope, donde lo real y lo imaginario pueden confundirse, pero que puede contribuir, como ninguna otra, a hacer la diferencia en la vida de la gente y a ver realizadas algunas esperanzas, ilusiones y convicciones.

Los de ahora no son tiempos fáciles, pero jamás lo han sido. La actual coyuntura mexicana demuestra, una vez más, que en política las cosas siempre pueden empeorar y que la entraña más íntima de los seres humanos, incluido su lado más oscuro, sólo aflora cuando tienen poder. Según

la ciencia médica, esta ambición es en cierto grado una patología. Todas las personas ejercen ocasionalmente (o desean) una posición de poder en su entorno, lo mismo en la familia, la comunidad o el país. Pero buscar y acumular poder para usarlo como mecanismo de dominación, para manipular las angustias y necesidades de la gente e intentar mover, así sea de una forma delirante, los hilos de la historia es otra cosa. Es una vía de compensación personal y el escaso conocimiento que tenemos de estos resortes tan profundos supone un desafío para entender muchas otras cosas. Buena parte del comportamiento de muchos líderes políticos de estos últimos años se explica porque parecen vivir atrapados en una contradicción existencial entre ser el puritano cuya misión es salvar a un país de los pecadores o ser el dictador que anhela imponerse sobre todos los demás con furia y sin límites. Esto refleja el aspecto más destructivo de un político para el que no hay frenos éticos o fronteras morales ni dispositivos para procesar internamente la eventualidad de que hay muchas cuestiones que no dependen de la mera voluntad personal. Y ante la sensación de frustración y fracaso que esto produce responden, según el sociólogo Francesco Alberoni, “con una agresividad desmesurada, con un odio y una ferocidad que la gente común ni tan siquiera alcanza a imaginar”.

Véanse los casos de líderes autoritarios y populistas. Todos se han fabricado un universo mental y político en donde ellos son el nervio motor y el único punto de

referencia. Sostienen una visión binaria donde todo es bueno o malo, sin matices ni términos medios, y por lo mismo excluyente de todas las demás, lo cual los sentencia a la condición de víctimas de sí mismos porque la realidad de un país o del mundo es infinitamente más compleja de lo que almacenan interiormente.

Para afirmar esa percepción les sirve promover la división y el encono porque de ese modo orientan el enojo social hacia el pasado o hacia todos aquellos que son su némesis haciendo que la tensión o el conflicto se centren no en el análisis y la argumentación racionales sino en la pertenencia a bandos contrarios e irreconciliables, lo que, por añadidura, facilita eludir la rendición de cuentas sobre los problemas concretos de un país.

Los rasgos de inestabilidad que exhiben líderes de este tipo, como fue tan evidente en el asalto al Capitolio instigado o al menos consentido por el presidente Donald Trump el 6 de enero de 2021, nada tienen que ver con el discurso salvador: se relacionan más bien con la búsqueda de una explicación para sí mismos, una autoafirmación, una justificación que los convenza, en su fuero íntimo, de que por los carriles convencionales de la ley, las instituciones y las reglas del juego democrático, hay barreras, formalidades y externalidades que descuadran su proyecto y, de éstas, los culpables son todos los demás. Su explicación es, de hecho, una expiación. Ciertamente no son demócratas, pero aquí no subyace la raíz más honda de sus reacciones sino en terrenos más pantanosos: no es que

no “quieran” entender la dura realidad de que no se puede gobernar a capricho sino que están psicológicamente impedidos para aceptarla.

En consecuencia, ¿es comprensible que ante las circunstancias objetivas a las que un político se enfrenta todos los días simplemente admita que las cosas son distintas de lo que se habría imaginado? Naturalmente que no, y arribar a esa conclusión genera incentivos perversos para tomar malas decisiones. Más aún: en su lógica política se incuba tal grado de impotencia, resentimiento y odio que su respuesta no es introducir una dosis de pragmatismo, serenidad, sensatez y conciliación en la forma de actuar y decidir sino exactamente lo contrario.

De allí las extraordinarias dificultades de la política real, y la necesidad de escudriñarlas en distintos escenarios, como intentan hacer estas páginas, desde la condición de actor, observador o testigo.

Empecé a escribir esta geografía de la memoria, en primer lugar, porque me parece que la comprensión de la mecánica política, los procesos de toma de decisiones, la generación de resultados y el impacto que tienen, al menos desde el prisma de quienes han sido partícipes, es todavía una asignatura pendiente o insuficientemente abordada. A diferencia de la arraigada tradición que existe en otros países de hacer historia política viva —a la que aportan de manera significativa y sistemática sus actores directos— en México parece más frecuente hacer historia de salón y pizarrón, con lógicas redentoras y pretensiones de última

palabra, sujeta a camisas de fuerza metodológicas, que a veces pierde aspectos muy puntuales, claros u oscuros o matices de la psicología del poder. Esta tendencia rara vez identifica y capta con nitidez los entretelones con que los políticos toman decisiones cruciales y por qué, el modo en que influyeron sus propias biografías, sus fantasmas personales y estados de ánimo o sus dilemas ante opciones contrapuestas. Y ésta no es una limitación menor.

Al contrario: no se trata de estancarse en el reduccionismo defensivo de la llamada “crítica del poder”, necesaria y seductora pero insuficiente, sino de saber qué pasó, por qué pasó y cómo pasó un acontecimiento en el universo de la política, con frecuencia inclemente. Con algunas excepciones, pocos académicos que se dedican a las ciencias sociales tienen experiencia práctica en la gestión pública; no conocen los endiablados laberintos de la disputa y la competencia; jamás se han enfrentado directamente al combate político ni a la frialdad de las decisiones difíciles. Lo suyo es otro terreno: el estudio y acaso la meditación desde el silencio del cubículo. Es en este sentido que la contribución de quienes han estado en la arena puede ser útil para comprender las cosas tal y como son. O como recuerda que fueron.

En segundo lugar, quería reflexionar —para mí y para quienes se interesen en la política— acerca de lo que significa, en clave personal, haber dedicado la mayor parte de una vida a este singular oficio. ¿Era verdaderamente lo que quería hacer? ¿Tenía la capacidad o, en otras palabras,

las aptitudes necesarias —cualidades y defectos incluidos— para ella? ¿Por qué tomé unas decisiones y no otras? ¿El papel que me tocó desempeñar, ese pequeño “puntito” en la historia como alguien definió, sirvió en alguna medida a mejorar la vida de los demás en algún grado? ¿Cómo se viven las horas altas y la cuesta abajo? ¿Qué hacer cuando baja el telón, cae el ocaso, parece que todo se acaba, y el mundo nos enseña implacablemente, como pensaba algún filósofo español, “que hemos dejado de interesarle como seres de primera fila”? En suma: ¿realmente valió la pena?

La respuesta para esos interrogantes no es sencilla ni lineal y exige una introspección, que hay que buscar aun a riesgo de no dar con ella. La política es resbaladiza e incierta por definición, las verdades son relativas y en todo caso encontrarlas está reservado a los dominios de la fe, el confesionario o las ciencias ocultas. Las circunstancias en política suelen ser determinantes: cuenta la virtud y en la misma proporción pesa también la suerte. Y de todo —o casi— hay que dar cuenta. Como aconsejaba Schopenhauer: “tenemos que repasar nuestro pasado para que no desaparezca en el abismo del olvido”. Con ese espíritu, y algo de benevolencia, espero que los lectores encuentren en estas páginas un relato honesto.

En tercer término, procuré evitar la tentación de hacer un recuento a mi gusto o de caer en la trampa de una imposible objetividad. La razón es obvia: “como soy sujeto, soy subjetivo. Si fuera objeto, sería objetivo”, diría el poeta José Bergamín. Cualquier libro de esta naturaleza corre el

riesgo de ofrecer una versión oblicua de los hechos, de compartir una visión de la manera en que nos gustaría que hubieran sido o, incluso, de narrarlos como creemos que sucedieron. Freud ha sido un buen traductor de estas disonancias, acaso cognitivas, entre los hechos y las creencias. Pero una cosa es contar el pasado, otra interpretarlo y una más, muy distinta, inventarlo. Para dar con un método lo menos sesgado posible, me sirvió una deformación profesional, cuyo origen hasta ahora entiendo, que es llevar un registro de lo que aquí se cuenta. Por largos años he estado habituado a organizar y conservar de manera minuciosa un archivo con aquella información que eventualmente me ayudara a trabajar en un libro como éste: notas personales de reuniones que sostenía o atestiguaba, ayudas de memoria de conversaciones telefónicas, tarjetas informativas, un acervo epistolar abundante, documentos y evaluaciones privadas, análisis y estadísticas, hemerografía, discursos y reportes oficiales, y una ristra de materiales, que se cuentan probablemente por miles, que han empezado ya a alojarse en archivos históricos para su consulta pública. Si este libro tiene cierto orden, concierto y puntualidad, es gracias a esa manía.

Finalmente, deseo que los lectores, en especial los jóvenes que se sientan atraídos por la política, encuentren aliento en este libro, tanto en lo que dice como en lo que sugiere, para fincarse un horizonte a través del cual mantener encendida, en estos tiempos sombríos y

declinantes, la lámpara votiva de la esperanza en que puede haber un mañana mejor. En mi recorrido fueron más los años felices que los adversos, más los logros que los fracasos y más las dichas que las desventuras. De todos aprendí, de casi todos me siento orgulloso y de nada me arrepiento. A fin de cuentas, la vida es una experiencia irrepetible y maravillosa y hay que tomarla como venga. Para hacer de ella algo útil y bueno y superar los desafíos que nos plantea, quizá la solución sea, como escribió alguna vez Simone de Beauvoir, “fijarnos metas que den significado a la existencia: dedicarnos a individuos, comunidades o causas. Sumergirnos en el trabajo social, político, intelectual, económico o artístico. Desear pasiones intensas que nos impidan cerrarnos en nosotros mismos. Apreciar a los demás a través del amor, la amistad y la compasión”.

Confío en que, superados estos años tan envenenados por el rencor, la polarización y el resentimiento en nuestra vida pública, las generaciones actuales y futuras encuentren ánimo, claridad y energía para la reconstrucción de México, así como un sendero donde florezcan la moderación, el esfuerzo, la preparación, la decencia y el mérito, que son los componentes esenciales de la sabiduría.

Y estoy seguro de que viviré para verlo.

1. El final del principio: de Aguascalientes a Santiago de Chile

La mañana del jueves 3 de diciembre de 1998, el termómetro marcaba alrededor de 4°C, una temperatura que, en el clima seco de la ciudad de Aguascalientes, aumenta sensiblemente horas más tarde. Nos habíamos mudado seis meses antes a nuestra propia casa por si el siguiente gobernador quería hacer adaptaciones a la enorme residencia oficial, más conocida como Casa Aguascalientes, una edificación ampulosa y cursi, típicamente *kitsch*, que funciona como tal desde mediados de los años ochenta del siglo pasado. Cuando uno llega a vivir allí, se estila añadirle detalles que la hagan acogedora, pero al final del día sabes que no es tu casa y deberás abandonarla en algún momento. Entiendo que varios inmuebles de esta naturaleza, en otras partes, tienen algo de historia, cierta relevancia arquitectónica o una especie de sabor por diversas razones. No es el caso de esta propiedad, que carece de personalidad, de eso que se llama *touch of class*. Pese a ello funciona muy bien para el trabajo

y los compromisos derivados del cargo. Vivimos cómodamente allí casi todo el sexenio y dejarla significó recuperar intimidad, privacidad, discreción. Es decir, fue un alivio.

Lo mismo pasa con el aparato de seguridad. En esos años, 1992-98, en mi estado no se acostumbraba llevar escolta. Yo no la tuve, excepto unos cuatro o cinco meses en ese año tan complicado —levantamientos, violencia, asesinatos, elecciones— que fue 1994, y porque así lo dispuso el Estado Mayor Presidencial. Sólo me hacía acompañar de un militar en retiro que más bien me asistía en todo y era muy eficiente, leal y buena persona. En el contexto de una alternancia electoral inédita y una transición profesional y tersa, conservé unos meses al mismo conductor que me acompañó todo mi sexenio, así que esa mañana me recogió en casa y nos fuimos al aeropuerto local para tomar un vuelo a la Ciudad de México y de allí a Nueva York. Al llegar a la hoy conocida como T1, la única que existía entonces, caminé hacia la sala de abordar asignada y por alguna razón me detuve a mirar los aviones estacionados en la pista, a través de los grandes ventanales que todavía hoy se conservan. A mis espaldas se acercó para saludarme un pícaro, que editaba un pasquín en Aguascalientes, dedicado esencialmente al negocio de la extorsión periodística, a quien yo detestaba. Lo miré de reojo sin devolverle el gesto y se fue por donde llegó. Entonces empecé a caer en cuenta de que, ya sin las rigideces del cargo y las servidumbres que impone, podía

empezar a disfrutar cierta clase de privilegios, uno de los cuales era justamente seleccionar con quiénes tratar y con quiénes no.

A la distancia me parece una anécdota algo infantil. De algún modo lo es, pero también ejemplifica uno de los pequeños engranes con que gradualmente se va organizando el cambio de vida, de manera incierta y espontánea pero también más libre y autónoma, sobre todo si esa vida ha estado por años dedicada a la política. Es decir, a una actividad extraña y alucinante donde hay propósitos e ideales, pero también pulsiones e intereses; metas elevadas, pero también resistencias tenaces; grandes satisfacciones, pero también decepciones. Donde lo que se piensa y lo que se dice no siempre coinciden; donde hay que asegurarse de ser dueño de los silencios para no ser esclavo de las palabras; donde el cálculo y el pragmatismo, la disputa y la competencia, y la propensión a influir en los demás —la pasión de mandar, diría Gregorio Marañón—, son parte del orden natural de las cosas. En pocas palabras, en donde puede haber vida interior pero no vida privada ni secreta. Por supuesto, hacer esta última distinción es un anacronismo en el irracional mundo mediático y de redes de hoy, pero en aquel momento todavía era posible, o por lo menos es la impresión que tenía. Se podía mantener un relativo equilibrio entre un mínimo derecho a la intimidad de las figuras públicas y el derecho de la gente a saber lo que éstas hacen que pueda

tener consecuencias relacionadas con sus responsabilidades.

Recuerdo ahora todas estas aparentes contradicciones porque representan bien las tensiones sin solución de las que está llena la vida política, y, por lo tanto, la sensación de placer cuando parece ir quedando atrás. Max Weber advertía en *La política como vocación* (1919), una de mis lecturas juveniles preferidas, que “quien quiera hacer política como profesión ha de tener conciencia de estas paradojas éticas y de su responsabilidad por lo que él mismo, bajo su presión, puede llegar a ser. Quien hace política pacta con los poderes diabólicos que acechan en torno de todo poder. Quien busca la salvación de su alma y la de los demás que no la busque por el camino de la política...”. Así ha sido y así es. Supongo que, por ello, luego de una carrera política relativamente rápida que había empezado en 1982 como secretario particular de Jesús Reyes Heróles en la secretaría de Educación Pública, terminar el periodo como gobernador de Aguascalientes década y media después, con apenas 42 años, no tuvo para mí el sentimiento de una ruptura sino más bien de una recuperación y, en buena medida, de liberación. Pensé que era un final, pero jamás imaginé que era también el principio de todo lo que vendría después, en los siguientes veinte años.

Poco antes de concluir mi encargo en Aguascalientes con razonable estabilidad, y en general con buenos resultados de gobierno, a pesar de las enormes y en

algunos casos graves turbulencias políticas y económicas del país en esos años, —sobre todo en 1994 y 1995, empecé a pensar a qué me iba a dedicar después. Por muchas razones tenía que seguir trabajando, la más importante de las cuales era una familia que sostener, con tres hijos apenas adolescentes. La opción de vivir en la Ciudad de México no me atraía, pero tampoco tenía una ocupación en Aguascalientes, negocios que atender ni parcela que cultivar. Por añadidura, aunque no lo parezca, soy antisocial, introvertido y poco dado a las relaciones públicas, así que era escasa mi red de contactos a la que pudiera recurrir para conseguir un empleo en alguna empresa o equivalente. Las únicas dos cosas que realmente me entusiasmaban eran dedicarme a la academia o trabajar fuera del país, por ejemplo, en una embajada. Cualquiera de estas alternativas suponía una ventaja adicional, que era tomar distancia mental y física de la política local y evitar caer en alguna chamba burocrática en el gobierno federal.

Por regla general, buena parte de los gobernadores se ven tentados, en los meses inmediatamente posteriores a su salida, a seguir influyendo, a buscar la protección y la valoración de su legado, y a hacer política desde la periferia. Esto suele ser muy desgastante y frustrante porque, salvo excepciones, no produce impacto alguno. En cambio, mientras uno se da cuenta de que es el poder el que se ha ido, va descubriendo la necesidad de reinventarse. Algunos políticos, quizá los menos, encuentran que la actividad académica, escribir en los

diarios, publicar algún libro, prestar asesorías o dar conferencias resulta una combinación bastante atractiva y satisfactoria (y con suerte lucrativa). Otros caen en el desprestigio total, traicionados por sus viejos aliados, guillotinado por su sucesor, con la adrenalina alta y viviendo a salto de mata con el temor de acabar, digamos, tras las rejas, como ha sucedido en las últimas dos décadas con unos veinte ex gobernadores. Y un tercer grupo lo forman aquellos que desaparecen literalmente del mapa público, se recluyen en sus casas a rumiar la pérdida de poder, a padecer el abandono de los amigos, las ingratitudes o el aburrimiento ante un teléfono que ya no suena y un buzón al que ya no llegan invitaciones. Estos últimos son los políticos que ni rencores suscitan y no llegan a ser, siquiera, curiosidad histórica. Cada cual, a su manera, va muriendo poco a poco. Así que, bajo ese cálculo que pretendía ser racional, lo que más me atraía era trabajar de nuevo en el servicio exterior, donde ya había tenido una posición de tercer nivel en los años ochenta en la embajada mexicana en España, o incorporarme a alguna institución académica, de preferencia fuera del país. Con las vueltas que da la vida, tuve la suerte de que ambos propósitos cristalizaron, en esa misma secuencia, en los siguientes años.

Meses antes, puesta la mira en esa dirección, el 19 de febrero de 1998, al terminar un acuerdo con el presidente Ernesto Zedillo en el cual habíamos hablado fundamentalmente de la sucesión en el gobierno de

Aguascalientes, y estando ya de pie en su oficina de la residencia oficial de Los Pinos, saqué del bolsillo una tarjeta amarilla, media carta, y se la entregué. En ella, simplemente iba anotado mi nombre y el de varios países. Le dije:

—Esta tarjeta es para que la guarde en su escritorio y, hacia el final del año, cuando haga limpieza, se la encuentre.

El presidente la leyó, se rió de buena gana, cosa que no se le daba con facilidad, y devolvió el envite:

—Está hecho.

Por varios motivos, de tiempo atrás acariciaba esa posibilidad. El primero, y el más importante, era el deseo de salir una temporada más o menos prolongada del país, pues estaba harto de las burocracias, las grillas pueblerinas, los periodistas miserables, e incluso, en algún grado, del lado oscuro que, como todos los países, tiene México. Durante los últimos cuatro años de mi gobierno, y teniendo como telón de fondo el acre conflicto entre Zedillo y el ex presidente Salinas, en muchos sentidos el ambiente político se volvió tóxico, francamente irrespirable. A ello se añadía, como directa consecuencia, un clima mediático adverso para quienes habíamos trabajado cercanamente con Salinas y, en mi caso particular, atizado por los inevitables adversarios que hice tuve cuando fui director general de Comunicación Social de la Presidencia (1988-92). Subrayo inevitables porque es un trabajo en el que los periodistas se olvidan todo el tiempo, hasta la fecha, de que

el vocero presidencial es básicamente eso: un transmisor, un informador de las ideas, las políticas, las decisiones y las actividades de la presidencia y del presidente. Esa es su principal función y, según el decreto de creación de esa área promulgado en tiempos del presidente Miguel de la Madrid, su principal misión. Presentar las cosas tal como le interesa al gobierno y tal como le gustaría que se publiquen y lleguen a la gente. Era nuestro trabajo, y, a juzgar por los niveles de aprobación que alcanzó la gestión de Salinas en las encuestas, obsesión que ahora se ha vuelto enfermiza, supongo que el equipo hizo razonablemente bien su chamba.

Ese cargo genera siempre, en todo el mundo, tensiones y conflictos porque los intereses del gobierno y de los medios son inevitablemente distintos y a veces contrapuestos. Así que mi impresión es que varios medios o periodistas estuvieron esperando el momento de cobrarme las facturas que a su juicio les debía. Como nunca tuvieron esa oportunidad pues no encontraron por dónde atacarme por cosas sustantivas, ya que los resultados de mi gobierno fueron buenos y la imagen del estado formidable, era previsible que si buscaba alguna posición relevante en el gobierno federal multiplicarían sus esfuerzos para perjudicarme. Por añadidura, mi relación con Zedillo era buena, sin llegar a la intimidad ni a la camaradería que él tenía con otros gobernadores, y entiendo que percibía que se estaba haciendo un buen trabajo en mi estado. En diversas ocasiones, y teniendo en cuenta que la

importancia de Aguascalientes en el contexto nacional es muy relativa por su tamaño y porque sus niveles de estabilidad y éxito económico lo hacen un estado que no da problemas, Zedillo estuvo dispuesto a recibirme cada vez que lo pedí e hizo seis o siete giras de trabajo. La gran mayoría de los secretarios de estado relevantes para una entidad (Guillermo Ortiz en Hacienda; Carlos Ruiz Sacristán en Comunicaciones y Transportes o Herminio Blanco en Economía, por ejemplo) también atendieron con enorme diligencia mis gestiones, y el apoyo del gobierno federal se materializó en cosas concretas en mis cuatro años de convivencia con esa administración.

El segundo motivo fue que, si me nombraban embajador, además de la satisfacción personal, habría evidencia, simbólica si se quiere pero significativa, de que, no obstante mi cercanía con Salinas, no tenía problemas con su sucesor. Sería visto como un gesto amistoso hacia un gobernador que, en su percepción, había hecho bien la tarea. Yo tenía una cierta preocupación de que, dada la derrota del PRI en las elecciones estatales de 1998, Zedillo se arrepintiera de designarme entre la conversación de febrero y las semanas previas a la elección del 2 de agosto, pues en varias ocasiones bromeó condicionando presuntamente la embajada a una victoria del tricolor, meta que claramente no estaba en mis manos. La verdad es que a Zedillo no le importaba tanto que ganara el partido; le habría gustado, desde luego, pero no era algo que le quitara el sueño. Si bien le simpatizaba Héctor Hugo

Olivares Ventura, a quien él había designado candidato, también es cierto que no estaba obsesionado respecto del predominio del PRI. Le interesaba más un juego electoral democrático y, en su intimidad, despreciaba a los políticos tradicionales del PRI, de los que Olivares Ventura era prototipo.

En septiembre lo visité en Los Pinos, pasadas las elecciones estatales, para sondear su ánimo. Le llevé una vasta documentación sobre la situación del estado, reportes sobre las finanzas, las carpetas que estábamos entregando a la nueva administración y cosas así. Hacia el final de la charla, y como lo vi de buen talante, le recordé lo de la embajada. Él me adelantó:

—La república sabrá recompensarte, dijo, usando esa frase típica de la política mexicana.

Como ya eran las tres de la tarde, bajamos juntos por la escalera del edificio conocido como Lázaro Cárdenas en la casa presidencial, me pasó el brazo por la espalda y me reiteró el ofrecimiento. Ya en el andador de la residencia que conduce a las áreas privadas, le mostré una invitación —que yo había promovido por las dudas— para irme a Madrid como profesor e investigador en la Fundación Ortega y Gasset, de la que ahora soy patrono, y me respondió:

—Diles que no. Qué vas a hacer allá.

El tercer motivo, igualmente importante, era un antiguo interés por los temas internacionales. Hijo de emigrante y con padres viajeros, desde mi juventud me llamaba

poderosamente la atención lo que pasaba en otras partes. Me interesaba salir con frecuencia, leer la prensa internacional y tratar de entender la marcha del mundo en la era de la globalización. Además, el programa de mi maestría en El Colegio de México, si bien era en ciencia política, tenía un fuerte acento, gracias al liderazgo académico del profesor Mario Ojeda, en los asuntos internacionales. A pesar de haberme dedicado sobre todo a la política nacional y local, no tengo una especial inclinación al arraigo y creo que no me cuesta trabajo cambiar de país, de cultura, de relaciones profesionales. Entiendo que algunos de mis amigos políticos sean renuentes a ocupar cargos diplomáticos, por causas muy variadas que van desde los problemas con los idiomas o la adaptación cultural hasta la sensación de destierro, pero sobre todo, porque en México se cree que “salir es salirse”. En mi caso, finalizado mi gobierno, sentía muy poco interés por la política activa, militante, y más por tareas en áreas técnicas o de mayor reflexión y menos acción.

Sin puritanismo alguno y sin llamarse a engaño, la política en México se ha convertido, y muy especialmente en el gobierno de López Obrador, en una actividad cada vez más envenenada e irracional, más antiintelectual e improductiva. Desde luego que es un fenómeno mundial, como lo documenta la abundante literatura académica publicada desde principios de la década pasada, y que la baja valoración del oficio político en los estudios de opinión es real, pero un signo diferenciador es que en nuestro país

una parte creciente de la, así llamada, sociedad civil, comparte y comete, paradójicamente, muchos de los mismos vicios de que acusa a los políticos: indolencia, negligencia, corrupción, entre otros, de suerte que las élites políticas no hacen sino reflejar, en algunos casos fielmente, las deficiencias de la propia ciudadanía, y a la inversa. Admito que esta opinión pueda parecer ingenua, pero quizá a la edad que tenía cuando entré a la política, todavía podía aspirarse a una mejor valoración del oficio.

Con un optimismo mucho más escarmentado, usando el calificativo del español Felipe González, sigo pensando que, sobre todo en los países emergentes, medianamente democráticos y con instituciones débiles, la política y los políticos profesionales son absolutamente indispensables, y no me creo para nada eso de que “se vayan todos” y vengan los “ciudadanos”. La realidad pura y dura es otra, no es binaria, hay matices, zonas grises y relativismos, y el mundo ideal de los puros, castos y buenos sencillamente no existe. Comprendo que las personas sensatas puedan sentirse válidamente fastidiadas de la cosa pública pero el problema no se resuelve tirando al niño junto con la bañera y, por ello, el sentido último del voto es echar a los que no gusten y cambiarlos por otros que, en principio, funcionen y respondan a las expectativas. Pero hay un problema muy serio en el maniqueísmo que postula que todos los “ciudadanos” son buenos y todos los “políticos” son malos. Es una posición hipócrita y embustera. Y lo más patológico es que esas voces que dicen hablar en nombre de la

ciudadanía en realidad carecen de un mandato, de legitimidad clara para atribuirse esa representación. Sus desplantes o franca fanfarronería no sólo debilitan la construcción de ciudadanía y de civismo sino que más bien contribuyen a disolver el poder de la sociedad y a corporativizar preocupaciones colectivas, a semejanza de los grupos que empezaron defendiendo causas y terminaron protegiendo intereses, en algunos casos innobles y hasta delictivos. En suma, así como un país requiere buenos médicos, ingenieros, maestros o economistas, también requiere buenos políticos, profesionales y competentes.

El último motivo fue también de orden práctico. Por un lado, la oportunidad de pasar una temporada agradable con la familia y, por otro, la aconsejable necesidad de seguir generando ingresos. No padezco penurias por fortuna ni las tuvo mi familia, pero a la edad que entonces tenía había que continuar incrementando el ahorro para el retiro, en especial porque, con tantos cambios de trabajo y por ende de sistemas pensionarios, calculé que, como en esa época no había esas cosas exóticas como la portabilidad ni las cuentas individuales, no me alcanzaría el tiempo para acceder a una jubilación institucional, como en efecto ocurrió.

Entre las opciones que le di a Zedillo pensé en Chile, entre otras cosas, porque me gusta mucho. Desde mi adolescencia, por razones que no tengo muy claras, me he sentido vinculado a ese país. Alguna vez sostuve

correspondencia juvenil con unas amigas de Puerto Montt, que entonces me parecía el fin del mundo. Intenté en mis mocedades escribir una novela que tenía como escenario el Chile de la dictadura y, como estudiante de maestría en El Colegio, escribí un largo (y radical) ensayo sobre las causas de la caída de Allende. Digo radical porque entonces me incliné hacia la misma posición de la izquierda chilena más extrema respecto de cómo pudo haberse evitado el golpe de Estado. Era un texto demasiado ideológico y militante que ahora releo con una mezcla de humor y rubor, pero que ilustra mi simpatía histórica por el país austral. En tiempos más recientes había tenido amigos chilenos exiliados en México —José Miguel Insulza, Luis Maira, Juan Somavía, Fernando Reyes Matta, Jorge Andrés Richards, entre otros— a algunos de los cuales habíamos ayudado política y financieramente desde la SEP de Reyes Heróles, y los había visitado varias veces después de 1990, cuando se reanudaron las relaciones diplomáticas entre nuestros países. Así que fue un conjunto de circunstancias afortunadas las que permitieron que fuera embajador. Lo que no me imaginé fue la dimensión del suplicio por el que tendría que pasar para conseguir mi ratificación en el Senado mexicano. Ahora lo encuentro divertido y me provoca un poco de risa, pero los dos meses que me dediqué al cabildeo fueron francamente desagradables y, en algunos momentos, extenuantes.

La noche del 1 de diciembre de 1998, al regresar a casa después de la toma de posesión de Felipe González

González, el nuevo gobernador, nos sentamos en la sala algunos amigos y ex colaboradores, antes de ir a una cena. A los pocos minutos me avisaron que estaba en el teléfono Liébano Sáenz, secretario particular del presidente. Me transmitió un mensaje de Zedillo —al que había buscado aquella mañana para despedirme— en el sentido de que el “asunto” que hablamos en los meses previos iría para adelante, pero añadió que también había otras opciones en algún organismo descentralizado. Me dio mucho gusto recibir aquel mensaje, y especialmente el detalle de habérmelo comunicado precisamente en ese momento cuando, con una mezcla de emociones, acababa de entregar la estafeta. Poco más tarde, avisaron de Relaciones Exteriores que llegaría un fax de Rosario Green, entonces titular de la dependencia, que inmediatamente asocié con la llamada de Sáenz; se trataba de una carta en la que, con particular amabilidad, me felicitaba por mi gobierno y terminaba muy afectuosamente sin añadir nada más. Supongo que la redactó alguien del equipo de su jefe de asesores, Federico Salas, quien fue mi compañero en El Colegio y es un buen amigo.

Debo decir que la misiva la entendí como un movimiento algo oportunista de Rosario, como para hacerme sentir que era su decisión, y que, si se amarraba la embajada, se lo debería a ella. En realidad, lo que ocurrió es que, en varias ocasiones, delante de mucha gente, Zedillo jugueteaba con que yo iría a Chile, siempre y cuando el PRI ganara las elecciones en Aguascalientes. Me